

La Lista de Ángel Piedras

Memoria de la Guerra Civil y subalternidad.

Pedro Piedras Monroy

A mis abuelos paternos Pedro, Elvira y Camilo

*Y dice la mayoría
Que de eso no hay que acordarse
¿Es que se puede olvidar
a un hermano y a una madre
que mataron sin piedad?*

Ángel Piedras

Ángel Piedras nació en Nava del Rey, provincia de Valladolid, en 1910. Hijo de una familia de jornaleros, también él trabajó en el campo hasta los veintiséis años. Fue detenido y encarcelado en los días de la terrible represión que sucedió al alzamiento. Tras 101 días de condena a muerte, su pena fue conmutada por la de cárcel. Salió indultado en 1944. Ángel Piedras era hermano de mi abuelo, fusilado en Cáceres en enero de 1938. Su testimonio tiene que ver decisivamente con mi interés y mi dedicación a la historia. Este pequeño ensayo, primera piedra de un trabajo más amplio, es ante todo una prueba de mi admiración y mi agradecimiento hacia él.

Cuando Ángel Piedras muere en 1997, deja en casa de su hija Petra, persona clave en nuestro trabajo, una caja con materiales muy diversos, entre los que se encontraban varios cuadernos, varias listas de represaliados y diversos manuscritos más, principalmente con ripios y poemas memorizados y transcritos por él.¹

¹ Resulta difícil determinar si el corpus de la documentación dejada por Ángel Piedras, que obra ahora en nuestro poder está completo o no. Cabe la posibilidad de que existan nuevos cuadernos y listas. Lo que no parece tan obvio es que éstos puedan ser recuperables. En todo caso, dicho corpus consta de los siguientes documentos: Dos hojas de ripios “Anda diciendo el gobierno...”; cinco cuadernos, que hemos

Todos los documentos legados por Ángel Piedras parecen ser posteriores a la muerte de Franco y las evidencias cronológicas más evidentes, careciendo de otros estudios de datación o grafológicos, muestran que la máxima intensidad de su trabajo se centraría en los años ochenta.² No obstante, da la impresión de que la configuración de las listas es un trabajo de más larga distancia y previo al de los cuadernos. Pese a que, en cierto momento, parezcan empresas coincidentes que se complementarían entre sí, una reflexión más próxima de ambos tipos de documentos delata las notables diferencias existentes entre ellos.

Al margen de la memoria prodigiosa del autor, las listas son claramente el fruto de una labor de investigación. En realidad, se trata de los múltiples borradores de una única lista que cada vez va siendo más completa y precisa. En ellos, aparecen el nombre, uno o dos apellidos y el mote, si lo hubiera, de cada uno de los represaliados de Nava del Rey. Los borradores muestran cómo la confección de la lista definitiva resultaba tortuosa. Poco a poco, van añadiéndose nombres que no aparecían en borradores anteriores. Al mismo tiempo, viejas listas se ven completadas con apellidos o motes que antes no aparecían, como lo delata el diferente bolígrafo utilizado y las diferencias caligráficas evidentes. En una fase avanzada, los nombres aparecen situados bajo epígrafes: “Condenados a muerte”, “Compañeros fusilados”, “Mujeres encarceladas”, “Al primer juicio fueron 54 y condenaron a muerte a 42 e indultaron de la pena de muerte al resto: entre ellos, recuerdo alguno...”, “Muertos en la cárcel”.³ Por su parte, en la lista mecanografiada por mí, aparecen los siguientes epígrafes: “Fusilados”, “Fusilados en el pinar”, “Muertes en la cárcel”, “Condenados a muerte”, “Presos (sin especificar)”. En definitiva, el conjunto de listas da muestras de un arduo trabajo de búsqueda destinado a trazar el mapa humano completo de la represión de la Guerra Civil en Nava del Rey. El fruto de esa investigación es verdaderamente

denominado “Cuaderno de los recuerdos”, “De la dedicatoria”, “Memorias de un Campesino”, “Recordando lo Pasado”, “De Pedro Piedras”; tres listas exentas manuscritas, a las que hay que añadir otras tres manuscritas, que aparecen en el “Cuaderno de los Recuerdos”, en el “De Pedro Piedras” y en el de “Memorias de un campesino”; y una más, que él mismo me dictó y mecanografié cuando yo tendría catorce o quince años.

² El cuaderno “De Pedro Piedras” está escrito en realidad en una agenda del año 1988. Al mismo tiempo, el cuaderno “Recordando lo pasado” cuenta con una especie de testamento en el que lega su casa a sus nueve hijos y que recoge la fecha 6-5-1988. Por su parte, el cuaderno “Memorias de un Campesino” recoge sus quejas al Gobierno socialista, por lo que habría que remontarlo seguramente a los últimos años 80. El cuaderno “De los recuerdos” parece ser el último que redactó, en la casa de Petra, según el testimonio de ésta.

³ Algo parecido ocurre en el cuaderno “De la dedicatoria”.

asombroso, colosal, y da muestra de la meticulosidad y la dedicación de la que Ángel Piedras hubo de hacer gala, dadas las evidentes dificultades que la configuración de las listas planteaba y a las que luego nos referiremos.

El carácter de los cuadernos es muy otro. Éstos son ante todo un ejercicio de memoria que lo que pretende es trazar un plano discursivo continuo de horror que va desde la infancia del autor (1918) hasta, como muy tarde, el fin del presidio en 1944. ¿Puede considerarse también que, en realidad, los cuadernos sean uno solo, ideal, que acabaría recogiendo las memorias completas del autor? Este extremo ya no parece tan claro. Si bien hay episodios recurrentes en los diferentes cuadernos,⁴ cada uno de ellos es un ejercicio independiente de memoria. Al margen de las coincidencias, cada uno representa un momento particular de recordación, que se construye de forma autónoma. Ángel Piedras no se copia a sí mismo ni se consulta sino que deja fluir el recuerdo de su pasado en cada momento. De los cuadernos, destaca ante todo la voluntad de recordar, la voluntad de manifestar el poder de su memoria en un claro desafío al olvido. De ahí que las narraciones casi siempre se encabecen con la afirmación “Pues tengo buena memoria, recuerdo muchas cosas desde mi infancia...”, “... me doy cuenta de muchas cosas porque tengo buena memoria, aunque en 8 años [de cárcel] se olvidan algunas cosas...”,⁵ “Recordando lo pasado, recuerdo muchas cosas desde que apenas tenía siete años...”,⁶ “Pues recuerdo muchas cosas de mi juventud...”,⁷ “Recuerdo muchas cosas desde que tenía 8 años...”, “Pues tengo muy buena memoria...”⁸ “Os contaré algo de lo que recuerdo”.⁹ Ahora bien, en este punto, no tenemos casi nada más que preguntas ¿Por qué escribe cuaderno tras cuaderno? ¿Cuál es la intención de su “obra”? ¿Cuál era su aspiración: la crónica, la memoria, la historia...?

No parecen estar demasiado claras las razones por las que Ángel Piedras se dedicase a escribir cuaderno tras cuaderno. Existen algunas posibles explicaciones que conviene no descartar a priori a pesar de su aparente banalidad. La primera sería la

⁴ La gripe de 1918, los suicidios en pozos de su pueblo, la muerte de Pepe Camojo en los calabozos de Nava del Rey (hecho éste que marca su decisiva entrada en el infierno que durará ocho años), el traslado a Valladolid con los dos intentos de fusilamiento por parte de los falangistas que los llevaban, la historia de la huida de Marcos López de la masacre de la corporación municipal, referida a él mismo por el propio protagonista en Madrid... etc.

⁵ “Memorias de un campesino”.

⁶ “Recordando lo pasado”.

⁷ “De la dedicatoria”.

⁸ Ambas de “Cuaderno de los recuerdos” (titulado así por el propio autor).

⁹ “De Pedro Piedras”.

dificultad para encontrar medios de reproducción de su obra. El precio de la fotocopia, en un pueblo del interior de Valladolid, en los años 80 resultaba excesivo y suponía un gasto innecesario para alguien con tiempo para la escritura. En todo caso, aceptar esta explicación tan peregrina, nos impondría de inmediato un nuevo planteamiento: ¿Por qué querría reproducir su obra? A esa cuestión podría responderse que quería legar a sus nueve hijos una memoria de las experiencias más aciagas y terribles de su vida; una memoria que sólo él se siente capaz de afrontar. Esta hipótesis, no obstante, parece también discutible. A excepción de Petra, con quien compartió los últimos días de su vida, en los que él lleva su caja de recuerdos y escritos, ninguno de los hijos cuenta con cuadernos de su padre. El único destinatario explícito de un cuaderno parece haber sido yo, aunque creo que eso tiene que ver más con una eventual correspondencia a mi cariño y devoción hacia las experiencias que me relataba que con un supuesto plan global de dedicatorias y reparto de cuadernos.¹⁰ Por todo ello, parece que conviene dejar de lado estos razonamientos para tratar de buscar algo más allá. En esa búsqueda habríamos de tener en cuenta nuevos factores.

En primer lugar, si exceptuamos el peculiar cuaderno “Recordando lo Pasado”, los demás, no cuentan con ninguna anécdota ni momento agradable o sosegado; en ellos, se narra un continuo de horror y de sufrimiento sin pausa; en el cuaderno “De la dedicatoria”, expresa abiertamente: “Nací para sufrir...”. Desde sus primeros recuerdos, de la gripe de 1918, donde habla de cómo veía acarrear los muertos hasta el cementerio – próximo a su casa – a veces por sus propios hermanos, pasando por diversos suicidios de vecinos, asesinatos – como el de una hortelana a manos de su marido, él rememora con nitidez el cadáver de ella en el suelo –, tormentas y vendavales devastadores, hasta los recuerdos de la detención, las torturas y los asesinatos indiscriminados que sobrevinieron con el principio de la guerra. Todo en la narración de Ángel es negrura. Su relato, desprovisto de cualquier esperanza, parece querer incidir en aquello de que “la tradición de los oprimidos nos enseña que el *estado de excepción* en que vivimos es la regla”.¹¹ Es más, el tiempo presente desde el que escribe representa para él una

¹⁰ El que he denominado cuaderno “De la dedicatoria” por comenzar con algo que asemejaba a una dedicatoria escrita con un bolígrafo con poca tinta que acaba por dejar de escribir, y en el que se dice “Ángel Piedras Galán. Queridos hijos y nuevos (...-ilegible-), queridos nietos y nietas, qué tal, no creo que la (... -aquí se interrumpe-), no nos da demasiadas pistas puesto que más bien parece que podría ser el comienzo de una carta o una declaración que quedó abortada pero siguió ocupando ese sitio de cabecera.

¹¹ Véase la tesis VIII de Sobre el concepto de Historia de Walter Benjamin. Aquí recogemos la traducción de José Sánchez.

frustración definitiva. En el cuaderno “Memorias de un campesino”, lanza fuertes diatribas contra el gobierno socialista sintiendo que ha arrumbado las expectativas que había puesto en él: “Aquí no se conoce el cambio. Si había tres, siguen los mismos [tres] que con el otro régimen”. Con el primer Gobierno del PSOE, del que había sido militante toda su vida, no se operó en su opinión ningún resarcimiento, ningún desagravio real para aquéllos cuyas vidas habían sido destrozadas por la represión. Este sentimiento es esencial también para entender las peculiaridades de su escritura.

En segundo lugar, la experiencia desgraciada pasa de la memoria del individuo que observa y recuerda acontecimientos de su infancia y juventud a la memoria de la comunidad de represaliados y encarcelados en la que vive hasta el indulto en 1944, operándose en este punto una fusión entre su particular lucha por la vida y la lucha por la vida del grupo en el que se integra. En todo caso, su relato acaba, como hemos señalado con el fin de la cárcel; acaba en el momento mismo en el que acaba lo inefable, lo que sólo él puede contar frente a las memorias truncadas por la barbarie o frente a las memorias anuladas por la voluntad de silencio. Ángel Piedras parece haber visto lo inexplicable y, aun así, acomete la empresa de narrar, de no olvidar, como si fuera un “último hombre”.

Sin embargo, y en tercer lugar, aunque aparezca en ocasiones en el centro de la escena, como sujeto de la acción aparece fragmentado y poco homogéneo, pasando a menudo el protagonismo a otros actores, por ejemplo, Marcos López, el aludido fugado de la masacre de la corporación municipal (véase nota 4). La presencia de Ángel Piedras se despliega, por encima de todo, como el ojo que ha visto o el oído que ha oído; su plano es siempre el de la referencia y su voluntad explícita parece ser la de dar testimonio y la de mantener viva una memoria de la que se sabe guardián.

Al hilo de esas circunstancias, la estructura y los contenidos diversos de los cuadernos parecen delatar, como hemos dicho, una creación independiente en busca del despliegue autónomo del pasado en cada momento. Ángel Piedras empieza un camino de escritura sin retorno que puede obedecer a diversas razones: en principio, carece de experiencia como escritor y va tomándole el pulso a la prosa a medida que avanza en sus cuadernos; además, cada nuevo cuaderno va desarrollando, además de elementos esenciales tratados en otros, nuevos temas que afluyen a su memoria desde la perspectiva de lo ya escrito previamente; finalmente, y esto es lo decisivo para nosotros, en cada nuevo cuaderno, percibe la necesaria reedición de la memoria y así la escritura adquiere el carácter de un sacrificio, de un ritual, de un misterio que ha de ser repetido

una y otra vez. Como señalan Adorno y Horkheimer: “(...) la institución misma del sacrificio es la señal de una catástrofe histórica, un acto de violencia que le sobreviene por igual a los hombres y a la naturaleza.” (véase Adorno y Horkheimer, p. 104) Es una catástrofe histórica la que se halla en el origen del ritual periódico de la escritura en Ángel Piedras, en ese particular ciclo sacrificial que es su escritura. Su sacrificio es – una vez más siguiendo a los frankfurtianos - una restauración que se ve desmentida por el contexto histórico en el que tiene lugar. Con cada cuaderno, Ángel Piedras vuelve a hacerse a sí mismo el daño que le han hecho padecer para, de ese modo, ser capaz de soportarlo (véase Adorno y Horkheimer, p. 104).

Por ello, concluiremos que la incesante reescritura de los episodios del pasado supone que en Ángel Piedras la memoria de los oprimidos asume una fuerte componente sacrificial. Con el sacrificio de la memoria, constantemente renovado, nuestro autor busca la redención de las víctimas; esas víctimas no son otras que las que aparecen en las listas y sus familias.¹²

Y, sin embargo, ¿qué le hace a Ángel Piedras erigirse a sí mismo en el sacerdote de la memoria? Más de la mitad de la población de Nava del Rey ha sido afectada de un modo u otro por la represión: el número de muertos anduvo cercano a los cien, la nómina de víctimas directas que se salvaron finalmente de la barbarie fascista se hallaba en torno a las doscientas personas. Todo ello quiere decir que, en Nava del Rey, los testigos efectivos del lado de las víctimas de la represión (familiares, amigos, conocidos...) se contaban por miles. ¿Por qué es Ángel Piedras quien asume con su escritura la responsabilidad de recuperar la memoria que redima a la enorme comunidad de víctimas de la que forma parte? Ahora bien, para penetrar a fondo en esta cuestión, hemos de aplazarla momentáneamente y suscitar una nueva idea: hay un factor decisivo a la hora de entender la obra de nuestro autor: el silencio que rodea los hechos que destrozaron las vidas de buena parte de sus iguales, los jornaleros de Nava del Rey.

Son muchos los autores que al hablar sobre este momento de violencia represiva generalizada por parte del bando nacional hacen alusión al silencio que se ha espesado a lo largo del tiempo en torno a su memoria. Santos Juliá comenta que “entre los derrotados, de la guerra no se hablaba, de la represión sufrida por parientes cercanos no

se decía nada.” (1999, p. 37). En Paul Preston el origen del silencio tiene una de sus raíces en el miedo: “El desarrollo a finales de los años cincuenta se nutría de la represión anterior y los que habían sacado provecho económico en los pueblos mantenían su rapiña a base de un miedo que, en algunos lugares, existe hasta la fecha. Este miedo se hace palpable cuando unos ancianos explican que su renuencia a indicar la ubicación de una fosa se debe al miedo que aún siente el pueblo” (Preston, 2004, p. 17). Para Paloma Aguilar, además del miedo a la represión estaría la voluntad de muchas familias de ocultar a sus hijos el pasado republicano para protegerles de una discriminación por esta causa.” (1996, p. 65). Para Josefina Cuesta, el régimen franquista impone una nueva memoria que silencia la memoria de las víctimas (véase Palomares, 2004, p. 39). Para Jesús María Palomares, el silencio tiene que ver con causas políticas generales: “De ahí la necesidad de superar el estadio de una historia escrita desde un bando callando al vencido, que implica igualmente superar la cultura del silencio, así como el invocado “pacto de silencio” o de aparente desmemoria durante la transición democrática por temor a retrasar la recuperación democrática” (Palomares, 2004, p. 38). En todos los casos, el silencio suele representarse como una derivación directa de la acción represiva del franquismo o como una resultante de la necesidad de consenso que se requería para conseguir una transición democrática sin sangre.

Todas estas explicaciones parecen plausibles. No obstante, todas ellas resultan, al mismo tiempo, problemáticas.

En primer lugar, cada vez que hablamos sobre el silencio de las víctimas de la represión relacionada con la Guerra Civil Española estamos *representando* a tales víctimas. Atribuir ese silencio a cualquier causa habría de implicar plantearse a fondo si nuestras afirmaciones pueden generalizarse o no y hasta qué punto las mismas tienen atisbos de certeza. En nuestra opinión, abordar esta cuestión implica primero tratar de responder a la pregunta más general de “¿Cómo se puede hablar de aquello que ha sido silenciado?” o de si “¿Es posible hablar de los que sufren, de los reprimidos o de los oprimidos sin que lo que digamos no sea, a su vez, una forma de sepultar más aún, bajo nuestra opinión, su palpitante aunque huidiza sustancia?”

En este punto, creemos conveniente acudir a la teorización de Gayatri Spivak sobre el silencio del subalterno. Para Spivak, el subalterno, oprimido, represaliado, relegado, desfavorecido y víctima por antonomasia tiene como atributo principal la

¹² “La teoría del sacrificio hoy dominante lo relaciona con la idea del cuerpo colectivo, de la tribu, en la

ausencia de voz, el no construir relatos de sí mismo: el silencio, en definitiva. Y así en su artículo “Can the Subaltern Speak?” articula una respuesta a las cuestiones planteadas por los denominados *Subaltern Studies*: “Para el “verdadero” grupo subalterno, cuya identidad es su diferencia, no hay sujeto subalterno no representable que pueda conocerse y hablar por él mismo; la solución del intelectual no es abstenerse de la representación. El problema es que el itinerario del sujeto no ha dejado trazas de manera que constituya un objeto de seducción para el intelectual que representa. En el lenguaje ligeramente pasado de moda del grupo indio, la cuestión se convierte en: ¿Cómo podemos entrar en contacto con la conciencia del pueblo, incluso cuando investigamos su actitud política? ¿Con qué voz-conciencia puede hablar el subalterno?” (p. 80) Ante estas preguntas, tratará de ofrecer como posible salida a ese un “método” tan peculiar como sugerente: “Pierre Macherey ofrece la fórmula siguiente para la interpretación de la ideología: “Lo que importa en una obra es lo que no dice”. Esto no es lo mismo que la nota descuidada “lo que se niega a decir”, aunque eso sería en sí mismo interesante: un método debería construirse a partir de aquí, con la tarea de *medir silencios*, tanto los reconocidos como los no reconocidos. Pero más bien esto último, lo que la obra *no puede* decir es importante porque allí se lleva a cabo la elaboración de lo que se expresa en una especie de viaje al silencio.” (...) Lo cierto es que el trabajo archivístico, historiográfico, crítico disciplinario e, inevitablemente, intervencionista implicado aquí es una labor de “medir silencios”. Esto podría ser una descripción de “investigar, identificar y medir... la desviación” desde un ideal que es irreductiblemente diferencial.” (pp. 81-82).

Hemos de cuidarnos de no dar demasiadas cosas por sentadas ni de esbozar conclusiones a partir del “sentido común” o la “evidencia lógica” ni de establecer correlaciones causales sencillas entre el silencio que percibimos ante la cuestión de la represión en la Guerra Civil (un silencio que, por otro lado, se ha elongado considerablemente en el tiempo después de asentado el estado democrático en España). Si la víctima no puede hablar (más aún, si se define, como señala Spivak, por su “no hablar”), habremos de aprender a indagar de un modo diferente en las razones de su silencio. Nosotros también habremos de “medir silencios”.

El problema se complica más aún si enfrentamos la figura del silencio subalterno, del silencio de la víctima, a la voz de Ángel Piedras. ¿Hasta qué punto lo

que hace Ángel Piedras es la obra de un subalterno que habla [y que paradójicamente habría logrado que se perpetuase su testimonio, destinado al silencio, de una forma casual]? Dentro del subalterno spivakiano, encajarían perfectamente los jornaleros víctimas de la represión desde 1936. De ellos, no tenemos más que el silencio. El único silencio roto, el de Ángel Piedras, nos pondría ante la encrucijada ¿Quién habla en su discurso? ¿la ideología o la subalternidad? Nuestra labor, en ese sentido habría de ser la de buscar trazas ajenas al propio texto que nos acerquen aún más a su sentido. Entre ellas tendríamos la intención, la repetición, la semántica, la retórica... ésas son claves que nos permiten leer en el silencio y adivinar la esencia en lo que no está manifiesto. La lectura spivakiana nos llevaría no tanto a leer históricamente estos textos sino a leerlos desde su faceta menos evidente. Eso es lo que tratamos de hacer en este escrito.

Nuestro corpus no resulta tan interesante por lo que dice explícitamente sobre los múltiples horrores de la existencia de un jornalero castellano en la primera mitad del siglo XX, como por aquello que no dice y que se ofrece como una pista irrenunciable. ¿Por qué escribir? ¿Por qué dar cuenta de una experiencia atroz en un entorno lleno de víctimas, de testigos, de subalternos, en suma? ¿Qué podría tener de novedosa la escritura de unos hechos vividos por cientos de personas a su alrededor: represaliados, familias de éstos, amigos de estos, etc.?

Es aquí donde hemos de volver a plantear la pregunta que aplazamos hace unas páginas: ¿Por qué escribe Ángel Piedras? ¿Por qué asume la voz de la comunidad subalterna, de una comunidad subalterna cuyo epítome serían las víctimas del alzamiento de 1936, es decir, los nombres de la lista?

En la respuesta a esta cuestión está sin duda la clave de nuestra búsqueda y lo que de interesante pueda tener nuestro trabajo, principalmente en lo que se refiere a la cuestión hoy tan latente de la recuperación de la memoria de las víctimas en la Guerra Civil Española.

Dicha respuesta tendría que ver, en una vertiente, con la configuración del corpus. Lo verdaderamente importante de la obra de Ángel Piedras son las listas, es decir, la configuración de una lista definitiva de todos los represaliados de Nava del Rey. Ello, nos consta, supuso para él una labor de investigación, de visita, de interpelación, de pesquisa para lograr un índice completo. La labor de investigación sintética se vio obstaculizada por un motivo del que a estas alturas somos ya bien conscientes: el silencio y la desmemoria de los interpelados; al menos, de buena parte de los interpelados. Pese a haber conocido a Ángel Piedras siendo demasiado joven

como para haber extraído de él las respuestas que ahora necesitaríamos, esa cercanía me aportó también al menos una de las claves... Ángel Piedras se había autoexcluido de su propia comunidad (la comunidad de las víctimas de Nava del Rey) por ser incapaz de soportar el olvido que buena parte de dicha comunidad manifestaba abiertamente; en especial, cuando tal olvido era fingido, cuando tal olvido era un “no querer acordarse”, un “no querer recordar”, un “no querer comprometerse”. *Y dice la mayoría que de eso no hay que acordarse*, reza el verso que encabeza nuestro trabajo. Ángel Piedras estaba añadiendo así un nuevo elemento a su discurso: la vergüenza, la vergüenza de muchas víctimas a reconocerse como víctimas pasadas del terror franquista; una vergüenza redoblada por la convivencia, dependencia o amistad, incluso ya larga, con los que otrora habían sido colaboradores, delatores, instigadores de asesinatos o directamente asesinos.¹³ Nuestro autor no aceptaba la promiscuidad entre el asesino y su víctima; no podía tolerar que la vergüenza de la víctima de haber sido tal se transformase en una manifestación de olvido. *¿Es que se puede olvidar...?* Se pregunta el verso. Es en ese momento, en el que Ángel Piedras se decide a narrar su historia y la historia de la colectividad de represaliados de Nava del Rey. Son paradigmáticas las citadas alusiones constantes a su capacidad para recordar: “Pues tengo muy buena memoria...”¹⁴ etc. Ángel Piedras levanta un testimonio constante que se objetiva en sus diferentes cuadernos; ha sufrido y no se avergüenza de ello; piensa que cada uno de los detalles

¹³ Como queda claro, nuestro concepto de vergüenza no tiene que ver con el enunciado por Primo Levi sobre la vergüenza de las víctimas. En “Los Hundidos y los Salvados”, Primo Levi se refiere a la vergüenza como el “sentido de culpa” (p. 63) de aquéllos que han logrado sobrevivir a la funesta situación de los reclusos en los Lager nazis, de aquéllos que han omitido el socorro en alguna ocasión (pp. 67-68), de aquéllos que sienten que están vivos en lugar de otro que era mejor que ellos; aunque su comportamiento en el campo fuera lo más digno posible y existiera la convicción de que eso no era más que una sensación (p. 71). Mucho más tendría que ver quizá con uno de los ámbitos de la vergüenza sobre los que reflexiona Giorgio Agamben (2000), a saber, aquél en el que se expresa el carácter paradójico de la misma, que el autor identifica con el “sentimiento fundamental de ser sujeto” en los dos sentidos opuestos del término: mirar y ser mirado, estar sometido y ser soberano, perderse y poseerse, subjetivarse y desubjetivarse; y, en especial, cuando éste es transformado en placer, de forma que la vergüenza va más allá de ella misma: es decir, en el sadomasoquismo. “Porque aquí un sujeto pasivo – el masoquista – se apasiona hasta tal punto por la propia pasividad que le supera infinitamente, que llega a abdicar de su propia condición de sujeto y se somete íntegramente a otro sujeto: el sádico. (...) Y sólo porque el sufrimiento propio del masoquista es sobre cualquier otra cosa el de no poder asumir la propia receptividad, su dolor puede transformarse de inmediato en voluptuosidad. Pero lo que constituye la sutileza de la característica de la estrategia masoquista, casi su sarcástica profundidad, es que sólo puede llegar a gozar de aquello que le excede a condición de encontrar fuera de sí un punto que le haga posible asumir la propia pasividad, el propio placer inasumible. Este punto exterior es el sujeto sádico: el amo. (...) el sujeto masoquista no puede asumir su placer más que en el amo, el sujeto sádico no puede reconocerse como tal, no puede asumir su saber impasible salvo transmitiéndoselo al esclavo por medio de una instrucción y de un castigo infinitos. (...) Esa indisociabilidad entre disciplina y goce, en que los dos sujetos llegan a coincidir por un instante, es, precisamente, la vergüenza (...)” (pp. 112-114).

¹⁴ Del “Cuaderno de los recuerdos”.

que da es una prueba más de lo contrastable de su horrendo relato y una prueba más de la veracidad de su lista... La redacción de los cuadernos se convierte en un sustituto de su aislamiento, de su autorreclusión en un medio hostil que no lo reconoce como igual y en el que resulta molesto. Para él, por ejemplo, el Hogar del Jubilado, era el espacio típico de la promiscuidad, el espacio donde nadie quería recordar – por ello, había decidido no volver a pisarlo –, mientras que sus cuadernos eran el sumo opuesto, el lugar de la denuncia radical, desnuda, el espacio donde la memoria encontraba su perfecto despliegue, el lugar donde el pasado fluía libre de las ataduras de la vergüenza, el altar donde se renovaba el sacrificio que paradójicamente redimía a aquella comunidad.

El silencio de los muertos de la Guerra Civil, de las ejecuciones sumarias y de los *paseos*, no parece, a la luz de los escritos de nuestro autor, sólo fruto de la represión franquista o de los pactos de olvido de la Transición. El olvido, según este testimonio robado al silencio, parece obedecer también al papel jugado por unos individuos que no quieren recordar, que no quieren ser percibidos como disonantes del acorde franquista, que no se reconocen en el papel de la víctima por su promiscuidad actual con los otrora enemigos. Hay muchas víctimas que no se reconocen como tales sino que se avergüenzan de una circunstancia (ser víctima) que lastra en cierta medida su promoción en un presente en desarrollo. El silencio es a menudo fruto de la necesidad de extirpar un pasado incómodo que podría comprometer las aspiraciones del presente.

Representar al subalterno de la represión fascista suele tener como resultado el trazar instintivamente un retrato amable y justificatorio (lógico, podría decir alguien) de la víctima *qua* víctima. Para esa representación parece que la víctima sigue siempre siendo víctima y sigue formando parte (y partido) del bloque de las víctimas y su posición se hace siempre desde la lucha de los intereses de las víctimas y, si se calla o hace perdurar el silencio, es por causas que le sobrevienen, mucho más poderosas que ella que sigue arrojando la debilidad del espacio y el momento que le convirtió en tal víctima. Representar así a las víctimas de la represión es paradójicamente deshistorizarlas, esencializarlas, petrificarlas en su condición, servir las en un envase cómodo adaptable a nuevas pretensiones políticas.

Los clamores actuales de los defensores de los represaliados, no son tanto hijos del clamor de las víctimas como de aquéllos que, sintiéndose cercanos al dolor de esas víctimas, han emprendido la labor de representarlas, de contar su sufrimiento, de describirlo con detalle, de recuperar sus cuerpos, de devolverlos al lugar donde todos

piensan que debieron estar, aunque sea discutible que tal lugar sean sólo las monografías históricas. No obstante, desde el plano teórico, la construcción demasiado unilateral de una idea del silencio de la represión puede llevar a muchos malentendidos y, ante todo, a tener una idea demasiado bondadosa de nosotros mismos y de los que consideramos *nuestras* víctimas. Si el clamor de justicia para los reprimidos del fascismo en España hubiera sobrevenido con los primeros pasos de la democracia – como hubiera sido de esperar – esta labor se habría desarrollado probablemente veinticinco años antes. En opinión de muchos, si ese clamor hubiera existido veinticinco años antes las condiciones para llevar a cabo lo que se ha denominado como Transición española difícilmente habrían podido darse; pero también eso resulta sumamente discutible. Más bien parece otro más de los sobreentendidos que hay que aceptar con el *kit* democrático. El bando franquista reivindicó sus muertos hasta el final y eso no entorpeció nada. En todo caso, si ese clamor hubiera existido veinticinco años antes, jamás habiéramos tenido la obra de Ángel Piedras, monumental bastión de la lucha contra el silencio que, pese a todo, es epítome de la dignidad heroica de tantas víctimas que nunca se sometieron a los dictados de los estándares bienpensantes de su tiempo, aunque otras voces no fueran tan vigorosas ni hubiesen logrado superar la barrera del silencio.

Hozar en la memoria y en el olvido da a veces resultados no del todo satisfactorios para las víctimas, para los subalternos. A pesar de parecernos problemático por muchas razones (véase Bauer, 2001), el tratamiento de H. Arendt o de Z. Bauman, en lo referente a la colaboración de las víctimas del Holocausto, o el soberbio análisis de Peter Novick a la hora de establecer cómo la memoria denunciatoria del Holocausto en USA parte de una serie de mecanismos ajenos a la partisanidad de los que lo sufrieron, han de ponernos en guardia sobre los resultados no siempre unidireccionales en la relación víctimas-verdugos y sobre la idea de que el olvido no es siempre fruto de los manejos del mal. También la promiscuidad postrera de los vencidos con sus vencedores engrasa el motor del olvido, pues de ella resulta un hijo no deseado: la vergüenza.

¿Cómo podemos dar voz a aquello que ha sido silenciado sin hundirlo más aún en su silencio, sin tapar su posibilidad con nuestra construcción? Cuando se dice que la represión y el necesario consenso explican el silencio subalterno de la Posguerra y la Transición española (más aún cuando se añaden florilegios como “madurez” o

“coherencia”, al hablar de cómo el silencio de las víctimas ayudó a la culminación óptima de los procesos sociopolíticos) no se está haciendo otra cosa que representar al subalterno. En este caso, la escritura de Ángel Piedras es reveladora en un doble sentido y también en un doble sentido pone en jaque esas teorías:

1) Ángel Piedras es un subalterno que vuelve al mundo de los vivos, desde la muerte, pues ve conmutada una condena a pena capital que duró 101 días, en los que esperó ser asesinado cada amanecer, y desde el silencio al que estaban condenados sus escritos. Y revela que hay una parte de lo subalterno que se niega a ser representada y que no se encuentra de acuerdo con la construcción de una “reconciliación” que ha de labrarse a costa del silencio de la parte más dañada y menos desagraviada de esta historia (no hace falta recordar que las víctimas franquistas tuvieron cuarenta años de desagravio público y privado, social, político y económico).

2) Ángel Piedras, vuelto del mundo de los muertos, pone de manifiesto a su vez que hablar de “subalterno” como algo homogéneo es también una forma grosera de representación. El subalterno no es un todo uniforme sino un magma lleno de fracturas, a menudo irreconciliables.

En suma, él podía estimar mucho sus cuadernos, pero su verdadero logro, la cota de la que él estaba realmente satisfecho era la de sus listas, un sola en realidad, la lista del oprobio, la lista de los apaleados y masacrados, una lista que devolvía a su pueblo al *Jetztzeit*, al *tiempo-ahora* del horror y que redimía por sí sola el indigno silencio de su presente. Situando cada nombre en el conjunto articulado de una lista cuyo denominador común es un espacio y un tiempo, el tiempo y el espacio de la represión, Ángel Piedras reedita el pasado en *tiempo-ahora*. Valdrían para él las palabras de Jean Améry “El hombre moral exige la suspensión del tiempo; en nuestro caso, clavando al malhechor en su fechoría.” (citado en Agamben, p. 105) Su obra, sin él pretenderlo, se sitúa frente a aquella historia académica que se dedica tan sólo a poner el foco en un momento y un lugar determinado y a inundar su relato con datos y más datos sin preguntarse por el sentido, el valor, la aportación o la posibilidad misma de lo que se hace ni de las esferas de factualidad que la carencia de documentación deja en silencio. Tal y como denunciaba Benjamin, esa historia “(...) carece de armazón teórico. Su procedimiento es aditivo: aporta la masa de los hechos para colmar un tiempo homogéneo y vacío.” (tesis XVII). En el legado de Ángel Piedras vemos que “la historia es objeto de una construcción cuyo lugar lo constituye no el tiempo homogéneo y vacío sino el colmado por el tiempo-ahora.” (tesis XIV). “Cuando el pensar se para de repente

en una constelación saturada de tensiones, entonces le produce a ésta un choque a causa del cual cristaliza como mónada (...). En esta estructura reconoce él el signo de una mesiánica detención del suceder o, dicho de otra manera, de una oportunidad revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. Él para la vista en ella para arrancarle una determinada época al homogéneo decurso de la historia.” (tesis XVII). Es exactamente en este punto donde el sacrificio de Ángel Piedras tiene sentido.

No obstante, no queremos que con estas opiniones se vuelva a crear otra línea de sombra y alguien pueda colegir que el heterogéneo panorama de los que sufrieron la represión en Nava del Rey pueda ser considerado unívocamente teñido por la vergüenza.¹⁵ Tan sólo hemos querido ofrecer un relámpago de la voz subalterna incontenible que protesta desde el silencio, pero no sólo contra la posición de sus paisanos asediados por unas circunstancias nada envidiables sino, quizá en mayor medida, contra aquellos relatos traspasados de certeza que juegan siempre a darnos una imagen soportable de nuestro pasado, en la que podemos reconocernos y sentirnos bien. Esa imagen, propia del documental de Victoria Prego sobre la Transición o de su trasunto actuado “Cuéntame” que no busca la descripción ni la comprensión sino la construcción de una memoria que se superponga a nuestra propia memoria, patrocinando de ese modo el peor de los olvidos y construyendo así una nueva identidad de recambio, tan mansa y poco conflictiva como hueca, manipulada y falsa. Y es que “ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y este enemigo no ha dejado de vencer.” (tesis VI).

¹⁵ Un ejemplo emblemático en Nava del Rey será el de la familia del alcalde republicano Cirilo Moro, asesinado brutalmente en la masacre de la corporación municipal, que con su compromiso ha demostrado portar hasta la actualidad la llama viva de la memoria de la represión en esta localidad.

Bibliografía

Adorno T.W. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos Filosóficos*,

Trotta, Madrid, 2003.

Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz. El Archivo y el Testigo. Homo Sacer*

III, Pre-textos, Valencia, 2000.

Aguilar Fernández, Paloma, *Memoria y Olvido de la Guerra Civil Española*, Alianza,

Madrid, 1996.

Bauer, Yehuda, *Rethinking the Holocaust*, Yale University Press, Londres, 2001.

Bauman, Zygmunt, *Modernity and the Holocaust*, Blackwell, Cambridge, 2002.

Benjamin, Walter, *Sprache und Geschichte. Philosophische Essays*, Reclam, Stuttgart,

1992. “Sobre el concepto de historia”, traducción española de José Sánchez.

Bermejo Barrera, José Carlos, “La Historia, la memoria y el olvido”, en *Genealogía de*

La Historia. Ensayos de historia teórica III, Akal, Madrid, 1999 (pp. 172-206).

“¿Qué debo recordar? Los historiadores y la configuración de la memoria”, en *¿Qué es la historia teórica?*, Akal, Madrid, 2004.

Gavilán, Enrique, “De la imposibilidad y de la necesidad de la “memoria histórica””,

recogido en V.V.A.A., *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*, Ámbito, Valladolid, 2004 (pp. 55-65).

Juliá, Santos (coordinador), “Víctimas de la Guerra Civil”, Temas de Hoy, Madrid,

1999.

Levi, Primo, *Si Esto es un Hombre*, Muchnik, Barcelona, 1995 (I).

La Tregua, Muchnik, Barcelona, 1995 (II).

Los Hundidos y los Salvados, Barcelona, 1995 (III).

Martín Jiménez, Ignacio, *La Guerra Civil en Valladolid (1936- 1939)*.

Amaneceres

ensangrentados, Ámbito, Valladolid, 2000.

Palomares, Jesus M., “La depuración de la historia”, recogido en V.V.A.A., *La memoria*

de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista, Ámbito, Valladolid, 2004 (pp. 37-43).

Preston, Paul, “La víctimas del franquismo y los historiadores”, recogido en V.V.A.A.,

La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista, Ámbito, Valladolid, 2004 (pp. 13-21).

Spivak, Gayatri, "Can the Subaltern Speak?", en Williams, P. y Chrisman, L.,
(eds.)

Colonial Discourse and Post-Colonial Theory. A Reader, prentice Hall,
1994, (pp. 66-111).

Weinrich, Harald, *Leteo. Arte y crítica del olvido*, Siruela, Madrid, 1